

del *Ánima*, la cual se alzó desde entonces á mayor florecimiento, y, principalmente por medio de la Hermandad, convirtiéndose en centro religioso de la colonia germánica. Otra semejante hermandad tudésca se formó en tiempo de Nicolao V en el Campo Santo, y es noticia interesante el que, hacia mediados de aquel siglo, se predicaba en alemán en la iglesia de dicha obra pía (1). Otra fundación nacional alemana, de carácter enteramente peculiar, nació á mediados del siglo xv; á saber: un monasterio de Hermanas alemanas de la Tercera Orden de San Francisco, el cual prosperó rápidamente. Entre las fundaciones alemanas, hay que contar, finalmente, un hospital destinado á recibir á los flamencos y walones, formado ya en la época de las Cruzadas, junto á la Iglesia S. Giuliano de' Fiaminghi (2).

Al par de los alemanes, fundaban también otras naciones establecimientos benéficos para sus nacionales que se dirigían á la Ciudad eterna.

Francia poseía de antiguo un hospicio y un cementerio, en las cercanías de San Pedro, del cual faltan empero las noticias desde el período último de la Edad Media. La Hermandad y hospital de los franceses estaban entonces situados en el interior de la ciudad, donde se levantó más tarde la iglesia nacional de San Luis (3). La pequeña iglesia de Santa Brígida de Piazza Farnese, trae á la memoria la casa fundada por aquella Santa (m. 1373) para peregrinos suecos (4). Casi por el mismo tiempo se originó la casa para peregrinos bohemios, colocada bajo la protección de San Wenceslao, cuya fundación concibió verosímilmente Carlos IV, cuando se halló en Roma para recibir la corona imperial; y aun refiere una antigua tradición, que el hospicio se erigió precisamente en la misma casa donde había morado Carlos IV disfrazado de peregrino durante los últimos días de la Semana Santa de 1355 (5). El documento que nos da noti-

(1) De Waal, *Gesch. des Campo Santo* 45 ss. Acerca de los sermones en alemán cf. Kolde 203 Anm. 4, y *Katholik* 1893 I, 479.

(2) Más en particular en de Waal, *Nationalstiftungen* 12. 14. *Beschreibung der Stadt Rom* III, 3, 518 s., y Nagl-Lang XIX ss. y XXIII ss.

(3) Cf. la bibliografía infra.

(4) Cf. Hildebrand en la *Hist. Tidskrift* 1882 p. 218 ss. El artículo fué continuado en 1895 por el barón de Bildt, quien prepara un trabajo especial: *Mémoires et marques suédois à Rome. Sobre la casa de Sta. Brígida* cf. *Grisar en la Civ. catt.* 1895 II, 471 s.

(5) A. Belli, *Delle case abitate in Roma da parecchi uomini illustri* (Roma

cias de la apertura efectiva de la casa para peregrinos bohemios data, por el contrario, de Marzo de 1378; y según él, Carlos IV, en su segunda permanencia en la Ciudad eterna en 1368, había comprado, no lejos de Campo di Fiore, una espaciosa casa (1), destinándola para recibir en ella á los peregrinos pobres, enfermos ó necesitados, que iban á Roma de Bohemia, Moravia y Silesia inferior (2). La confirmación pontificia no tuvo lugar hasta primero de Agosto de 1379 (3), habiendo influido en esto verosímilmente las desfavorables circunstancias de la época, por efecto de las cuales, y de las turbulencias que poco después estallaron en Bohemia, vino á arruinarse aquella casa de peregrinos. Una inscripción de 1457, que todavía se conserva, da noticia de la restauración, que por entonces emprendió Enrique Roraw, del ruinoso edificio (4). Pero las contiendas entre la familia de Rosenberg y los papas, acerca del derecho de nombrar su rector, fueron grande obstáculo para el desarrollo ulterior de aquel establecimiento (5). Los húngaros tenían un hospicio junto á la iglesia S. Stefano degli Ungheri, cuyo origen se retraía al santo rey Esteban. Esta fundación se había arruinado enteramente, en los tumultos de los últimos cuarenta años; pero fué restablecida en tiempo de Martín V (6).

Para sacerdotes pobres de Irlanda edificó el célebre Dietrich de Nieheim una casa especial; para mujeres necesitadas de Lombardía se formó en 1388 un hospital propio; para peregrinos ingleses fundóse á mediados del siglo xv un hospicio nacional en la

1850) 63; Piazza 102 ss.; de Waal *Böhm. Pilgerhaus* 20. La coronación de Carlos IV por emperador tuvo lugar en la Pascua de 1355.

(1) Ahora Via de' Banchi vecchi 132.

(2) De Waal, *Böhm. Pilgerhaus* 25 ss. 28 ss. (En la p. 33 se pone por error 1371 en lugar de 1378.)

(3) De Waal loc. cit. 36 s. 38 ss. Martín V confirmó la ordenación de su predecesor; cf. Pangerl, *Zur Geschichte des böhm. Hospitals in Rom*, en las *Mitteilungen für Gesch. der Deutschen in Böhmen* (1874) XII, 207.

(4) Facsímile de la inscripción hasta ahora impresa incorrectamente aun por Reumont II, 1211 véase en de Waal loc. cit. 71. Sobre la decadencia del establecimiento, cf. los documentos del Archivo monástico de Raigern, en Frind IV, 461-462.

(5) Cf. la nueva exposición de la Historia del Hospicio por Marés, en la revista *Casopis Musea království českého* 1890 LXIV, 66-100.

(6) Bull. Vatic. II, 81; cf. Piazza 97 ss.; Armellini 624 y Fraknoi, *A szent Istvántól Rómában alapított magyar zarándokház* (Budapest 1893). Acerca de los peregrinos húngaros *Mon. Vat. Ung. Serie 1, tom. V: Liber confraternitatis s. Spiritus de Urbe* (Budapestini 1889).

Vía Arenula, el cual se trasladó más adelante á la Vía di Monserrato, y se puso bajo la protección de Santo Tomás Becket. Con este hospicio se unió en 1464 otro establecimiento inglés que existía junto á S. Edmondo in Trastevere, el cual había sido fundado para misioneros ingleses (1). Una distinguida señora portuguesa había fundado en 1363, un hospicio para recibir á los peregrinos pobres de su nación, el cual ensanchó considerablemente en 1440 el cardenal de Lisboa Antonio Martínez de Chiaves; y el mismo príncipe de la Iglesia fundó además la iglesia de San Antonio de' Portoghesi (2). En el año jubilar de 1450 erigió el obispo Alfonso Paradiñas un hospital español; el cual, con la iglesia á él adjunta fué consagrado al Santo Apóstol Santiago y á San Ildelfonso (S. Giacomo degli Spagnuoli). Para los enfermos y peregrinos del Reino de Aragón, al cual pertenecía por entonces Sicilia, había un hospital en el distrito de Chiesa Nuova, el cual había sido fundado en 1330 por dos piadosas señoras de Barcelona (3); pero más adelante se incorporó al hospital de S. Giacomo. En 1448 los florentinos fundaron, en medio de los asolamientos de la peste, la Cofradía de la Pietà della Nazione Fiorentina, la cual alcanzó del cabildo de San Celso la pequeña iglesia de San Pantaleón, situada junto al Tíber, y allí se construyó más adelante la magnífica iglesia de San Juan (4).

La liberalidad de Nicolao V hizo posible, en 1453, la construcción de una iglesia con un hospital para los dálmatas y eslavos del sud; establecimiento (S. Girolamo degli Schiavoni) que fué agrandado en tiempo de Sixto IV, y dura todavía. Calixto III concedió á los bretones en 1456, á petición del cardenal

(1) Beschreibung von Rom III, 3, 428. La historia de los establecimientos ingleses piensa publicarla en breve W. Croke. Somera noticia en Akten des Münch. kath. Gelehrten-Kongresses (München 1901) 304 ss. Sobre la casa edificada por Nieheim cf. Sauerland 51; cf. Nagl-Lang xxviii y 5; sobre el Hospicio lombardo Arch. d. Soc. Rom X, 632.

(2) G. Frascarelli, Iscrizioni portoghesi di Roma (Roma 1868) 91. Según Venuti I, 2, 418 entre otros, el Hospital portugués no se fundó hasta 1417; cf. Armellini 135. En el Cod. Ottob. 583 f. 82-86 (de la *Biblioteca Vaticana*), se hallan *Notizie sull'ospedale di S. Antonio de'Portoghesi in Roma scritte da Giorgio de Cabedo; pero no se da en ellas la fecha de la fundación del Hospital.

(3) Acerca de ambas fundaciones cf. Beschreibung von Rom III, 3, 302 y 380. Después de la unión del Reino de Aragón con Castilla se fundó, en 1495, la conocida iglesia nacional de los españoles (con un hospital) St. María de Montserrat.

(4) Reumont III, 1, 437. Beschreibung der Stadt Rom III, 3, 432 y 410.

Alain, una iglesia, S. Ivo de' Bretoni, junto á la cual se fundó en 1511 un hospital para enfermos y peregrinos de aquel país. Séanos permitido notar de paso, que en la época de Sixto IV se establecieron varias nuevas fundaciones de este género. Entonces obtuvieron, entre otros, los lombardos, los genoveses y los franceses, iglesias propias con las cuales se juntaron hospicios nacionales y, las más de las veces, también cofradías (1). En estas diferentes fundaciones nacionales de los diversos pueblos y razas, se reflejaba en cierto modo el mundo católico y sus partes, en la Ciudad eterna; y de esta suerte vino á ser Roma el centro de la Iglesia católica, no solamente en cuanto enviaba hacia todas partes la salud y la vida, sino también en cuanto reproducía en cierto modo, en pequeña proporción, todos los pueblos católicos extendidos sobre la haz de la tierra. Así que, cualquiera católico se hallaba, dentro de los muros de la ciudad de los papas, dos veces en su patria (2). Roma no era entonces, como tampoco después, una ciudad propiamente italiana; sino en algún modo cosmopolita, en la cual todos los pueblos se juntaban en la comunidad de una Iglesia, conservando, no obstante, bajo la protección de los papas, sus nacionales particularidades.

(1) Cf. Beschreibung der Stadt Rom III, 3, 267. 268. 269. 371. Reumont III, 1, 437 s. Togna, Sunto storico d. chiesa, arcicontrat. e spedale dei s. Ambrogio e Carlo della nazione Lombarda a Roma (Roma 1884). Arch. d. Soc. Rom X, 634. Piazza 107 ss. 134 ss. 136 ss. Lacroix, Mémoire historique sur les institutions de France à Rome puisé dans leurs archives et autres documents la plupart inédits (Paris 1868), y Les établissements français à Rome. Mémoire sur l'hist. et l'administration des pieux établ. fr. (Rome 1876). Barbier de Montault I, 98 ss. 121 s. 205. 233. Jules de Laurière, Note sur l'église Saint-Yves-des-Brétons à Rome (Tours 1879. Extr. du bullet. monumental). Lecoy, Le culte de Saint-Ives à Rome. I. Saint-Ives-des-Brétons. Église, hospice, paroisse et confrérie (Saint-Brieuc 1891) St. Louis des Français à Rome en el Correspondant 1883, Févr. D'Armailhaq, L'Église nat. de St. Louis d. Fr. (Rome 1894). Cf. también nuestros datos II², 627 y Germain, Fondations faites par des Lorrains à St. Louis d. Fr. (Nancy 1889). Los documentos de la fundación del hospital para los sudeslavos en 1453, en Theiner, Mon. Slav. I, 523, se falsificó en interés de los dálmatas. Cf. el escrito croata del Dr. J. Crucic sobre el hospicio de S. Girolamo degli Schiavoni (Agram 1886) y los documentos en la revista Starine XVIII, 1 sqq. (Agram 1886). A los venecianos pertenecía S. Marcos, que hizo edificar el cardenal Barbo; á los de Luca, S. Croce e Bonaventura; á los de Génova y Bérgamo, S. Bartolomeo; y con casi todas estas iglesias estaban unidos hospitales. Antes de la época del Cisma había un hospicio nacional de los escoceses en Roma, no lejos de la iglesia de S. Andrea delle Fratte. Bellesheim II, 221. Piazza 1041.

(2) Cf. Neue römische Briefe von einem Florentiner I, 128.

Un elemento enteramente peculiar que, á la verdad, cuadraba muy poco á una Corte eclesiástica, constituían los humanistas, que ya durante la época del cisma habían penetrado en la Curia.

El Papa Martín V se mantuvo personalmente bastante ajeno á las tendencias humanísticas; y, para comprender la posición que á pesar de esto alcanzaron en su Corte los representantes literarios del Renacimiento, hay que recordar el impulso que el movimiento humanístico había alcanzado, gracias al concilio de Constanza. No había visto el mundo hasta entonces una Asamblea tan numerosa y brillante como aquélla; pero todavía más importante que la muchedumbre era el que, en aquel gran Congreso de los pueblos de Occidente, se hallaron reunidas casi toda la potencia espiritual é inteligencia de aquel siglo; y esta prolongada convivencia de los más sabios é ilustrados varones de Europa, había tenido los mayores efectos, así para la cultura en general, como particularmente para la causa del renacimiento literario. El Humanismo, que hasta entonces había sido cultivado especialmente en sola Italia, emprendió, al salir de Constanza, su marcha victoriosa por todos los pueblos de Occidente (1).

Entre los secretarios papales que se hallaron presentes en el concilio de Constanza, se contaba toda una serie de humanistas, de los cuales eran los más distinguidos, el erudito griego *Manuel Crisoloras*, quien á la verdad murió allí poco después de su llegada (15 de Abril de 1415); el conocido Leonardo Bruni, que también se detuvo breve tiempo en el Concilio, y Poggio. Entre los otros humanistas que fueron al Concilio merecen especial mención Benedetto da Piglio, Cencio de' Rustici, y los juristas de humanística formación Pier Paolo Vergerio y Bartolomé Arragazzi. Estos eruditos, y entre ellos especialmente Poggio, utilizaron su demora en Constanza para escudriñar las bibliotecas monásticas de los alrededores: de Reichenau, Weingarten, San Gall y otras, en busca de manuscritos de los clásicos romanos. Es una gloria imperecedera de los monjes alemanes de la Edad Media, el que principalmente su diligencia y su sentimiento de la cultura, hayan transmitido á la posteridad los te-

(1) Cf. Leo, *Gesch. des Mittelalters* (Halle 1830) II, 706. Voigt, *Wiederbelegung* I³, 234; II³, 244. Lilly 20.

oros de la civilización antigua (1). En virtud de las recomendaciones que supo procurarse Poggio, como Secretario apostólico, logró penetrar aun en las colecciones más celosamente guardadas, y sacar á luz de entre ellas una serie de obras maestras de la Antigüedad clásica (2). El júbilo que estos hallazgos despertaron entre sus nacionales, es indescriptible; y el ya considerable orgullo de los humanistas aumentó extraordinariamente por este camino. En la misma entronización de Martín V se dió esto á conocer, por cuanto pretendieron para los secretarios la preeminencia sobre los abogados consistoriales y, á lo que parece, la obtuvieron (3).

Se entiende fácilmente, que semejante paso de los secretarios humanistas desagradó al Papa, y por ventura tiene relación con esto el que Martín V, que por otra parte fomentó los estudios (4), no favoreciera nada á los humanistas; pero tampoco desconoció la necesidad que tenía de ellos, y así hallamos toda una serie de humanistas á su servicio, y entre ellos, desde 1423, al mismo Poggio; el cual como, en vista de la crítica situación en que se hallaba Martín V al principio de su reinado, hubiera ido á probar fortuna á Inglaterra, luego que vió lamentablemente fracasadas sus esperanzas, volvió la espalda á aquella nebulosa «tierra de bárbaros» para dirigirse de nuevo á su soleada patria. No mucho después de su llegada á la Ciudad eterna, pudo ya escribir á uno

(1) Gregorovius VII³, 506. Voigt II³, 222 ss. 237 ss. A la bibliografía aquí citada hay que añadir aún el trabajo de Zeppelin sobre M. Chrysoloras en la revista «Das alte Konstanz» 1883 y Kopp, *Die Anfänge der griechischen Renaissance im Abendland* en el *Kathol. Schweizerbl.* 1896, p. 205 ss. Cf. también Kopp en el *Hist. Jahrb.* XVIII, 306 s.

(2) Cf. Voigt, *Wiederbelegung* I³, 235 ss., y Bursian 91 s.

(3) Voigt loc. cit. II³, 24. En el concilio de Basilea, donde los humanistas desempeñaron en general un papel más importante que en Constanza (cf. Bursian 93) llegaron á pretender los protonotarios pasar delante de los obispos. Bien que no les salió su pretensión, pero la contienda por la preeminencia no fué decidida hasta el reinado de Pío II en el Congreso de Mantua.

(4) Cf. los escritos expedidos por Martín V en favor de las universidades de Valladolid y Lovaina, el primero en *Denifle* I, 380, el segundo en los *Anal. p. servir à l'hist. ecclés. de la Belgique* 1893, XXIV, 49 ss. Cf. también respecto á la fundación de la Universidad de Rostock Kaufmann II, xvi; las Bulas en favor de un Estudio general en Ginebra en el *Bullet. de la Soc. d'hist. de Genève* 1898 II, 11 ss. Aun para la Biblioteca Pontificia parece haber hecho algo Martín V. Un manuscrito procedente de la colección de sus libros (*Martiani Capellae, De nuptiis philologiae et Mercurii*) está ahora en Dresde: cf. el Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca de Dresde (1882) I, 333.

de sus amigos, que sin mucho trabajo había alcanzado el cargo de secretario pontificio (1). Es difícil de entender cómo Martín V, que por otra parte tenía gran cuenta en sus subordinados con la severidad del orden y la disciplina, pudo tomar á su servicio á un hombre tan liviano; pues Poggio siguió siendo el mismo de antes. El mismo nos refiere cómo, después de despachar los áridos negocios de la Cancillería, solía divertirse con amigos humanistas de su misma laya, con la narración de las más frívolas agudezas. Con verdadero conocimiento de sí misma, dió aquella asociación al local de sus reuniones el nombre de «Fragua de las mentiras», y es por extremo significativo, respecto de Poggio, el no haber hallado inconveniente en editar, siendo ya hombre de 58 años, un florilegio de las historietas que allí se referían. En esta colección puede reconocerse perfectamente el frívolo espíritu pagano de los partidarios del falso renacimiento; pues, exceptuadas algunas chanzas inocentes, las «Facetias» no contienen sino equívocos, adulterios escandalosos y crudas obscenidades, sin que falten entre ellas anécdotas enteramente blasfemas. Cuando se ofrece, hácese escarnio de las cosas eclesiásticas, y principalmente de las eclesiásticas personas. A nadie se perdona allí; y sacerdotes, frailes, abades, ermitaños, obispos y cardenales, aparecen en sucesión abigarrada; de todos ellos acierta Poggio á referir alguna anécdota, con frecuencia algo más que picante. Naturalmente, el escéptico burlón atribuye las cosas más repugnantes á los monjes. Los chascarrillos y obscenidades de este género entretenían las veladas de aquellos hombres, cuyas plumas redactaban las bulas solemnes y los gravísimos breves (2); y fué un rasgo hábil de Valla, el haber representado su diálogo «Sobre el placer» ya bastante descrito, en el círculo de aquellas personas. El Papa Martín V, que con frecuencia fué el primero que tuvo que sufrir en aquellos entretenimientos (3), ignoraba, naturalmente, este juego que se tenía en una retirada parte de su propio palacio; pero no por esto escapa á la reprensión de haber tomado y conservado tales hombres en su servicio. El impulso que alcanzó la latinidad

(1) Poggii Epist. ed. Tonelli I, 87.

(2) Voigt loc. cit. II³, 15; cf. 412 ss. Sobre las Facetias, cf. además Landau, Novellen 68, y Villari I, 98 ss. El Concilio de Trento prohibió aquel sucio libro, el cual fué destruído en gran parte en la época de la restauración católica; cf. Giorn. st. d. lett. ital IV, 262.

(3) Poggius in conclusione libri Facietiarum. Opp. 491.

de los documentos pontificios, resultaba muy caro comprado al precio del escándalo que daban estos representantes del falso renacimiento.

Aun antes que á Poggio, y casi al mismo tiempo que se entabló la nueva organización de la Curia, había nombrado Martín V secretario suyo al humanista *Antonio Loschi*; y también la elección de este hombre, á quien además se confiaron embajadas repetidas veces, debe ser considerada como infeliz; pues Loschi era asimismo partidario del falso renacimiento (1). Es por el contrario satisfactorio observar que el papa Colonna dispensó su protección al piadoso Ambrosio Traversari, lo cual se desprende de dos breves, por desgracia sin fecha, que honran en gran manera á Martín V; en el primero de estos escritos, se excita al prior del monasterio de los Camaldulenses de Florencia, á proteger de todas suertes los trabajos literarios de Traversari; y en el segundo se anima al mismo Traversari á continuar su traducción de los Padres griegos de la Iglesia (2). También alcanzaron en alto grado la confianza de Martín V, dos juristas de formación humanística, unidos con estrecha amistad con Poggio; el romano Cencio de' Rustici y Bartolomeo Arragazzi, de Montepulciano (3).

La extraordinaria habilidad y flexibilidad de los humanistas, hacían cada día más firme su posición en la Curia, pues se los podía utilizar para todo, así para la redacción de bulas y breves, como para la de documentos puramente políticos; así para dirigir saludos de bienvenida á los embajadores y príncipes, como para pronunciar discursos festivos ó fúnebres. A hombres que prestaban tan variados servicios, se creyó debérseles permitir hartas, demasiadas cosas (4).

(1) Respecto á A. Loschi cf. además de la Monografía de Schio (Padova 1888) Voigt loc. cit. II³, 18-21 y Ottenthal 75.

(2) Mél. d'archéol, 1884 p. 48 s. 51-52. Ambos Breves he visto también en el Cod. D-VII-101 de la *Biblioteca Chigi*, donde por desgracia están asimismo sin fecha.

(3) V. Voigt II³, 22 s. 25 ss. y principalmente el trabajo publicado por el exacto conocedor de estas cosas A. Wilmanns, sobre Cencio Rústico en el ΓΕΝΕΘΛΙΑΚΟΝ para la fiesta de Buttman, 1899 p. 65 ss. Cf. también á Lehnerdt en el Zeitschrift f. vergl. Litt.-Gesch. 1900 p. 149 s. 289 ss. de Koch. El magnífico panteón de Arragazzi ejecutado por Michelozzo y Donatello, fué, por desgracia, destrozado en el s. XVIII, y los fragmentos conservados son aún lo más digno de verse en la catedral de Montepulciano. Cf. Schmarsow, Donatello 26 s., y Semper 49 s.

(4) Cf. Schnaase VIII, 534, y Müntz, La Renaissance 82. De qué manera

La justicia exige hacer notar aquí que, entre los empleados de la Curia romana, junto á hombres como Poggio y Loschi, se hallaban otros que se distinguían por honrosa manera en la devoción, virtud y religiosidad; pero está puesto en la naturaleza de las cosas, que las manifestaciones de este género se escapan fácilmente á la histórica consideración; y al paso que el nombre de una sola persona olvidada de sus deberes, principalmente si pertenece al estado eclesiástico, anda pronto en boca de todo el mundo, los más virtuosos sacerdotes son con frecuencia apenas conocidos más allá del pequeño círculo que próximamente los rodea. Uno de tales sacerdotes fué *Gimignano Inghirami*, acerca de cuya vida no se han tenido datos precisos hasta la época más reciente. Habiendo llegado en 1406 á la Curia romana, tomó parte en el concilio de Constanza, y desde allí regresó á Roma con el papa Martín V. En 1437 siguió Inghirami al papa Eugenio IV á Bolonia, y luego á Ferrara y Florencia. Con Nicolao V tuvo aún más íntimas relaciones, pues este Papa había sido algún tiempo capellán doméstico de Inghirami. Después de su elevación á la suprema dignidad de la Iglesia, quiso Nicolao V llamar á su lado á su antiguo favorecedor, y le ofreció su capelo cardenalicio; pero Inghirami rehusó la púrpura, agradeciendo la voluntad de dársela, y alegando que en su edad avanzada no deseaba ningún encumbramiento semejante; en su estado actual conocía cómo andaban las cosas de su alma, mientras que no podía prever los efectos que produciría en él una elevación á más alto estado; si el Papa le quería conceder una gracia, deseaba que fuera ésta el permiso de volverse á su patria para acabar allí sus días. Inghirami administró su cargo en la Rota con tal severidad y justicia, que todos le confiaban de buena gana sus negocios; y el prestigio de aquel varón preclaro era tan grande que, si alguno quiso apelar de sus resoluciones, no se halló nadie que se prestara á tomar el asunto á su cargo. «Gimignano lo ha fallado, no es posible modificar la sentencia», solían decir. No obstante sus considerables rentas, vivía Inghirami con gran sencillez y moderación. Antes de su muerte le intranquilizaba el haber dado á un sobrino suyo mil

Poggio, en tiempo de Martín V, intentó con éxito sacar del monasterio de Hersfeld manuscritos de Tácito hasta entonces desconocidos, mediante la promesa de un buen suceso en un interminable proceso que en Roma tenían los monjes, refiérela Voigt loc. cit. I^o 254 s.

florines que procedían de sus rentas eclesiásticas, y el concienzudo sacerdote, para librarse de escrúpulos, invirtió con aquiescencia de sus hermanos, una suma igual tomada de sus bienes familiares en favor de un oratorio de San Jerónimo, á quien profesaba particular reverencia. Habiendo Inghirami fallecido en el verano de 1460, sus hermanos esperaban entrar en posesión de una rica herencia; pero sólo encontraron, fuera de algunas alhajas de plata, 300 florines y un gran libro con esta inscripción: «Libro de las limosnas de G. Inghirami.» En la primera página del mismo se leía: «En este libro asentaré año por año mis rentas y el empleo de ellas, no por vanidad sino para evitar contiendas entre mis herederos»; día por día estaban apuntadas las limosnas hechas «por amor de Dios» (1).

Martín V mereció particularmente bien de la Iglesia, por haber llamado al Sacro Colegio una serie de varones señalados, y haber borrado las últimas huellas del desdichado cisma que le precediera; por lo cual, la acción que el Papa desplegó en uno y otro sentido merece una declaración más amplia.

Durante la época del Cisma, el número de los cardenales se había aumentado, porque cada uno de los papas que pretendía ser el legítimo se había formado un propio Colegio; y así los papas como los antipapas, para afirmar su situación, habían repartido liberalmente el rojo capelo. Urbano VI nombró durante su gobierno 43 cardenales, y su contrincante Clemente VII, 33; los tres sucesores de Urbano VI nombraron 30; Benedicto XIII, 15; y Juan XXIII, 18; á pesar de lo cual, de todos éstos quedaban en vida sólo 30 al tiempo de la elección de Martín V (2). La mayoría de los congregados en Constanza tenía todavía este número por demasiado grande, y guiado por el conato de aumentar todo lo posible la importancia del Colegio Cardenalicio enfrente del Papa, fijó aquel Sínodo, como definitiva norma, el número de 24 á

(1) Cf. Guasti en el Arch. st. ital., 5. Serie I, 20 ss.

(2) V. Panvinius 243 ss. y especialmente Eubel, Hierarchia I, 24 ss.; II, 3 ss. Según Souchon (II, 162), de los cardenales que durante el cisma 1378-1417 entraron en el Sacro-Colegio, pertenecían, según su nacionalidad, á Italia 80 (29 del reino de Nápoles, 15 de Roma, 7 de Florencia, 7 de Venecia, 6 del Estado de la Iglesia y 16 de las ciudades del Norte de Italia). Francia obtuvo en el mismo tiempo poco más de 50 cardenales, España 17, Hungría y Bohemia 3, Inglaterra 2, Bélgica uno y otro Grecia.